

Rhea.

Había entonces en París una joven de belleza ideal, venida de no sé dónde, y cuyo nombre me callo. Además, este nombre lo había ocultado con otro más eufónico. Me contentaré con llamarla Rhea, para recordar un poco el de su último bautismo. Poseía tan dulce encanto, que Esther se apasionó de su belleza. Advirtieron á la Comedianta que Rhea no era más que una cortesana; pero aquélla contestó á sus amigos que la belleza era para ella la ejecutoria de todas las noblezas. Naturalmente, se recordó el reinado de todas las antiguas cortesanas. Además, Esther era de las personas que no escuchan más que su voluntad, y que no quieren nunca confesar haberse equivocado.

Rhea se convirtió en su inseparable y constante amiga. Cuando la invitaban á comer ó á cenar, la llevaba siempre, imponiendo á todos su compañía. No la desairaban, sin embargo, porque Rhea tenía todas las virtudes, menos virtud,

á estilo de algunos hombres, que tienen todos los honores, menos honor.

Había además algún parecido, algunos puntos de contacto entre aquellas dos mujeres. Ambas tenían la misma mágica sonrisa, el mismo cuerpo esbelto y ondulante, y las mismas actitudes de diosa. Cuando estaba uno con la una, hubiera querido estar con la otra. En el país de los mormones ó de los turcos, se hubieran quedado con las dos.

No se podía imaginar un cuadro más encantador que el de Rhea y Esther, dos sinfonías perdidas en un duo. Cuando las convidaban á comer en el mundo galante, procuraban por lo regular jugarles una mala partida, colocándolas distantes una de otra. Pero aun de aquel modo se decían mil ternezas adorables con la telegrafía de las miradas, encantando á todos su conversación oportuna y burlona. Se acostumbraron bien pronto á aquella amistad indisoluble, á la que, sin embargo, se le hizo traición una vez.

En aquella época resucitó Safo en París, no pudiendo asegurarse si amaba á Faon ó á Erinne. Pero ¿á qué callarlo? En las altas regiones de la inteligencia tuvieron su base aquellas misteriosas voluptuosidades. Hacía muchísimo tiempo que Safo dormía bajo la roca de Leucade, cuando se despertaron sus pasiones. Erinne, Myrrha, Chloé, todas estas apasionadas

ninfas, se dibujaban á la tenue luz de las alcobas, como restaurados frescos de los griegos, como bajo-relieves divinizados por la mano de un Clodion.

Como era natural, todos estuvieron de acuerdo en que Rhea y Esther estudiaban juntas las poesías de Safo. Pero, ¡quién se libraba entonces de la afición á la poesía clásica antigua! Un día, sin embargo, estuvieron para separarse por una cosa bastante seria.

Corrió la voz por los casinos de que la sublime Esther había descendido de su pedestal, lo mismo que otras muchas, para correr tras de nocturnas aventuras, pues afirmaban haberla visto salir, al rayar el día, de una casa sospechosa; la de Mad. de Planés. Esta aventurera, venida de España para felicidad de los parisenses de alto rango, que ofrecía el placer á ellos y á ellas, tenía el arte de casar á las gentes sin hacerlas pasar por el fastidioso discurso del Maire. Por un billete de mil francos se casaba uno hoy y se divorciaba mañana.

Una noche, durante una cena, se atribuyó el honor un gentil caballero extranjero, de haber hecho repetir su papel en aquella casa á la gran artista, la cual, según afirmaba, nunca había estado tan elocuente. Le había pagado la representación como en el Teatro Francés, es decir, trescientos luises; pero, además, le dió otros dos-

cientos, lo cual le pareció bien poco, por más que la Comedianta había representado con el rostro cubierto por un antifaz.

Todo el mundo hizo propósito de hacer una visita á la vendedora de placeres. Por otra parte, siempre se encontraba allí muy buena compañía.

Creo inútil decir que el caballero extranjero había visto visiones. Había pagado quinientos luises por una pura ilusión. Mad. de Planés no hacía otra cosa. Tenía á su alrededor algunos jóvenes de esmerada educación, y algunas mujeres elegantes que habían llegado á los últimos escalones del vicio, las cuales consentían en representar el papel de tal ó cuál celebridad.

Ahora bien: así como Esther hacía muchos papeles en la comedia francesa, Rhea los representaba en casa de Mad. de Planés. Esto lo hacía inconscientemente, sin figurarse siquiera los dramas que preparaba.

Siempre la misma historia de Armando Bejart y del Collar de la Reina.

La noche que el extranjero habló de su nocturna aventura con la enmascarada dama, que, según él, no era otra más que Esther, una mujer se levantó, rompiendo su copa al mismo tiempo.

Era Rhea.

Se quedaron sorprendidos al ver su soberbia expresión. Era la misma actitud de Esther en sus momentos de irritación.

—¡Ha mentido V.!—dijo al que acababa de hablar.

Todas las miradas, que se habían fijado antes en Rhea, se fijaron ahora en el extranjero.

—Señora, yo no miento nunca,—contestó éste, rompiendo también su vaso.

Entonces exclamó Rhea con acento trágico:

—¡Esa mujer no era Esther, era yo!

Gran sensación entre los comensales. Todo el mundo se había levantado. Rhea continuó:

—Me prometió V. guardar secreto; ha faltado V. á su promesa; tengo el derecho de decir la verdad.

Su interlocutor tomó el acertado partido de echar á broma el haber pagado la ilusión como si fuera la realidad.

El furor de Hermiona al conocer aquella desgraciada aventura, no tuvo límites.

¡Cómo! ¿Rhea le había hecho traición? ¡Cómo! ¡Un hombre había tenido el atrevimiento de decir en una cena que la había encontrado á ella, á la gran Comedianta, en la casa de una corredora de placeres! En seguida partió en son de guerra en busca de su venganza. Á imitación de la mujer de Molière, quería que su ofensor fuera á su cuarto á presentarle sus excusas en presencia de todos sus amigos.

Le envió dos padrinos, con encargo de decirle que antes se batiría que tolerar aquel ultraje.

Los padrinos eran un Príncipe y un Duque. Provocaron al extranjero, que respondió con firmeza que no podía decir más que lo que había ocurrido. Iba de buena fe, puesto que había pagado. Rhea era tan sólo la verdadera culpable. Rehusó batirse, lo mismo con el Duque que con el Príncipe. Sólo lo aceptaba con Esther. El duelo estaba convenido durante todo un día. La joven tenía la mano firme para tirar á la pistola, y se acostumbró también á manejar la espada.

Pero ¿cómo se vengaría de Rhea? Ésta corrió á su casa llena de pena, y le juró mil veces que Mad. Planés era tan sólo la culpable. Sólo por ella se había puesto un antifaz, pero sin representar otro papel que el de la cortesana. ¿Se convenció Esther por completo? No lo sé; pero no tuvo valor para ser implacable. Rhea se arrojó en sus brazos. Valía abrió entonces la puerta, y le dijo:

—Ya sabía yo que ese cariño duraría hasta la muerte.

Rhea murió de pena cuando murió Esther.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXI.

Valía.

Apenas triunfaba la Comedianta de un obstáculo, cuando surgía otro delante de ella. Hay quien consigue sus triunfos, sus éxitos, impulsado por las olas de un afortunado destino. Esther los alcanzaba á fuerza de luchas heroicas.

Frecuentemente solía exclamar:

—¡Estoy vencida!

En aquellos momentos era siempre necesaria la presencia de Valía, que con su carácter alegre disipaba las negras nubes de sus tristezas.

Valía llevaba una vida salpicada de aventuras; un día le ocurrió la idea de salir á la escena. Era una mujer de mármol, y quería alzarse en alas de la opinión, hasta el pedestal de bronce de la escena.

¿Habría alguna, entre todas las que han representado la comedia del amor, que no haya aspirado á ser comedianta? ¡Unas por parecer mejor en la escena; otras por distraerse ó consolarse de alguna pena, ó bien por procurarse las fuertes emociones del teatro!